

UN HOMBRE DE HONOR

POR

DOMINGO FONTANARROSA

I

Venían conversando alegremente. Alfredo Solís se despidió de su amigo y entró a su casa, dando un portazo.

Como si de pronto le hubiese atacado un dolor agudo, cambió completamente la expresión de su rostro. Se puso serio y grave; sus labios se contrajeron en un gesto de dignidad, y una feroz arruga de cólera dibujó su entrecejo. Si alguien le hubiera hecho notar el cambio de sus facciones, hubiese quedado sorprendido y confuso. Pensaba que un jefe de familia debía hacerse respetar por el terror.

En el comedor estaban conversando, sentados alrededor de la mesa, su esposa Marta, sus tres hijos y su empleado, Roberto Lista. Al verlo, Marta se levantó rápidamente. Más que a los puños de su marido, temía su lengua brutal.

— ¡Ahí está la señora! — exclamó Alfredo Solís, dando una entonación de ironía a su voz cavernosa. — Me estarías esperando a mí para empezar a hacer la comida.

Marta lo miró en silencio y salió apresurada, mientras Alfredo Solís se ponía a gruñir, acompañando sus palabras con descompuestos ademanes. En seguida la emprendió con sus hijos, quienes, solía decir, «no valían ni el pan con que se hartaban».